

EL PROGRAMA ECONÓMICO DE BILL CLINTON
Y SUS POSIBLES REPERCUSIONES EN MÉXICO
Y AMÉRICA LATINA

La Clintonomics
¿nuevas señales para la economía mundial?

José Rangel Díaz•

El nuevo entorno internacional

La elección de Bill Clinton como presidente de Estados Unidos parece marcar el inicio de nuevas relaciones con aquel país, principal socio y preocupación de México en el contexto de la política económica que la administración del presidente Salinas ha instrumentado a lo largo de sus primeros cuatro años de gobierno. Es importante, entonces, destacar algunos de los aspectos que a nuestro parecer apuntan hacia nuevas reglas del juego, la emisión de nuevas señales, que han hecho que se manifiesten expectativas inciertas sobre las bases de la relación entre ambos países y, por lo tanto, dudas en torno al devenir de nuestra economía en los próximos años. Los últimos 20 años pueden caracterizarse, *grosso modo*, divididos en dos grandes periodos decenales: la década de los años setenta y la siguiente de los ochenta. Cada uno de ellos se caracterizó por un entorno internacional claramente diferenciado.

• Secretario Académico e Investigador del Instituto de Investigaciones Económicas, UNAM.

Los setenta

Durante los setenta la generación y existencia de liquidez mundial obligó a establecer señales y condiciones que apoyaron un desempeño económico sustentado en lo fundamental sobre el endeudamiento externo, incluso en aquellos países que no lo requerían. Su uso, aplicación específica y generación de capacidad de pago ha sido sujeto de múltiples análisis a lo largo de los 10 años pasados. Algunos países fueron capaces de enfrentar mejor que otros los momentos de astringencia crediticia posterior. Sin embargo, el mundo en general, y muy claramente México y los países del área sustentaron su actividad económica en la disponibilidad crediticia empujada desde Estados Unidos.

Los ochenta

Hacia finales de la década de los setenta y principios de los ochenta llegó a su fin la enorme disponibilidad crediticia de los 10 años anteriores. La llave de la creación de dinero en Estados Unidos se cerró, y con ello se revirtieron las tasas de interés real negativas hasta alcanzar niveles positivos históricamente inéditos desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, la liquidez mundial y el crédito disponible desaparecieron. Entonces las reglas del juego cambiaron. Los países en desarrollo endeudados en abundancia como resultado de acogerse a las condiciones dominantes de la década anterior se vieron súbitamente envueltos en un nuevo patrón dominante de funcionamiento del sistema en que están insertos, y sin previo aviso. Ello produjo dos resultados: la crisis de pagos, producto de la insolvencia, y la necesidad de pagar la deuda y financiar sus economías por medios distintos al endeudamiento sobre el cual se habían apoyado la década anterior. Así aparecieron las nuevas señales. La no existencia de crédito adicional, sobre todo preferencial, y el sobreendeudamiento, convirtieron a los países endeudados en inelégibles en los mercados mundiales de capitales, donde las condiciones se habían vuelto mucho más estrictas, y llevaron a establecer que entonces los países tenían que allegarse sus recursos por medios propios en cualquiera de los *mercados libres competitivos* en que pudieran participar, comerciales o de dinero y capitales.

La aparición del nuevo liberalismo ortodoxo

Ahora bien, en función de que las enormes disponibilidades crediticias previas habían hecho innecesario mantener acotada la balanza comercial con el exterior, todo desequilibrio era fácilmente financiable, así como estimular la competitividad, en tanto cualquier requerimiento de divisas no era necesario obtenerlo por medios comerciales por la sobreabundancia del crédito. Adecuarse a las nuevas condiciones implicaba cambios de fondo en el funcionamiento económico. De esta forma se crea un nuevo entorno internacional impulsado desde dos de los grandes centros, Gran Bretaña con M. Thatcher al frente del gobierno y Estados Unidos con R. Reagan en la presidencia y Volcker en la conducción de la política monetaria desde la Reserva Federal. Para poder hacer frente a las nuevas condiciones y las señales de autofinanciamiento se impusieron como condiciones del nuevo patrón de funcionamiento la necesidad, primero, de un fuerte ajuste para restablecer el equilibrio externo. Adicionalmente, fue necesario instrumentar un proceso de transformación estructural de fondo con la finalidad de hacer más eficientes, y por lo tanto competitivas, a las economías, y con ello capacitarlas para su inserción en los mercados internacionales. Esta transformación no podía realizarse desde el Estado, en tanto se diagnosticó que precisamente éste así como su sobredimensionamiento eran responsables de las deformaciones del pasado. Por lo tanto, para llevar a cabo los cambios requeridos se necesitaba, entre lo más urgente, retirar al Estado del centro de la actividad económica, reducir su tamaño y permitir que las fuerzas del mercado diesen como resultado de su actuar los cambios eficientes deseados. El Estado debía, adicionalmente, establecer reglas de comportamiento creíbles para garantizar estabilidad macroeconómica.

Las anteriores fueron, en lo fundamental, las nuevas señales para el funcionamiento de las economías en los años ochenta. A lo largo de la década de los ochenta, aunque con mayor precisión para el caso mexicano, entre 1983 y 1992, se han instrumentado políticas que esencialmente se ajustaron al nuevo modelo dominante. Es importante mencionar que las nuevas señales predominantes se vieron acompañadas de una nueva condicionalidad impuesta por los organismos multilaterales, como son el Banco Mundial (BM) y el Fondo Monetario Internacional (FMI), los cua-

les impidieron que los gobiernos como el mexicano despejasen cualquier duda, en caso de que ésta existiera, de cuál era el camino a seguir.

La llegada de Clinton en los noventa

Ahora bien, las elecciones de noviembre de 1992 en Estados Unidos, de las cuales resultó electo Bill Clinton, parece que pueden marcar el fin del periodo que actualmente se experimenta, para dar paso a condiciones que resultarían de un nuevo conjunto de señales las que aparentemente están en proceso de conformación.

Estas nuevas señales, en lo fundamental, aparecen como la reversión del liberalismo a ultranza, neoliberalismo como comúnmente se le denomina, para dar paso a reconsiderar la sustitución del libre mercado como definidor del curso a seguir por las economías con la menor intervención posible del Estado por una participación *activa* del Estado para impulsar cambios que la economía estadounidense requiere urgentemente para resolver en el menor tiempo posible tres problemas que el presidente electo ha identificado como centrales. Primero, alcanzar una recuperación sólida y sostenida que permita garantizar tanto la generación de empleos como un salario creciente. Segundo, la capacidad productiva requiere renovarse e incrementarse. Sólo así Estados Unidos podrá adquirir productividad, competitividad, demandar empleos y satisfacer mayores salarios. Finalmente, la sociedad en su conjunto requiere recuperar la capacidad del pasado de garantizar a toda la población que cada generación vivirá mejor que la que le antecedió, lo cual no ha podido ser satisfecho durante los 10 años pasados cuando la mayoría de la población vio estancarse o retroceder su bienestar a costa del beneficio de muy pocos.

Es por lo anterior que aquello que antes del 3 de noviembre pasado parecía herético, y de hecho lo fue durante 10 años, la reconsideración del papel del Estado en la economía, sobre todo como *promotor*, nuevamente aparece como eje articulador de la dinámica económica. A partir de ahora se reconoce que el desgaste económico y el cúmulo de consecuencias negativas, contrario a lo supuesto anteriormente, tiene como trasfondo el abandono de tareas históricamente asumidas por el Estado. Así también, que la caída de la productividad y el bajo crecimiento tienen los mis-

mos orígenes. Además, que es responsabilidad ineludible del Estado impedir en el corto plazo la continuación del estancamiento, así como evitar la redistribución regresiva de la riqueza social, el empobrecimiento y el deterioro social de un país.

El nuevo programa económico

Durante más de un año previo a las elecciones de noviembre de 1992 la economía estadounidense experimentó una recuperación con varios signos de debilidad.¹ Los bajos inventarios no operaron en el empuje productivo. Tampoco funcionó el estímulo fiscal. Las tasas de interés de largo plazo manifestaron gran incertidumbre, resultado de la falta de expectativas claras en el horizonte previsible. A lo anterior se sumó una erosión manifiesta y constante de la confianza de los consumidores. En una palabra, tanto el comportamiento económico como las teorías que habían prevalecido durante los años de gobierno republicano agotaron las alternativas de propuestas de políticas como al electorado mismo.

Bill Clinton ha tenido que presentar un así denominado *nuevo programa económico*, además, con el acento puesto en el aspecto económico. Este programa considera la necesidad de recuperar la potencialidad americana que considera no se encuentra en los sectores a los que beneficiaron las políticas republicanas, sino en recuperar la contribución de millones de ciudadanos y pequeñas y medianas empresas, centros de investigación, universidades y centros de información. Los conceptos anteriores parten de una nueva reconsideración de la participación del Estado, diferente a la anterior abandonada a fines de los años setenta. En ésta se retoman elementos de reciente desarrollo relativos al impacto y la forma de intervención del Estado para reactivar la actividad económica, a través de incentivar actividades que los empresarios privados no asumirían ya sea por la elevada concentración de capital que implican, por los riesgos mayores que si lo asume el Estado o por la dilación en la recuperación de la inversión. Todas estas vuelven

¹ Véase Rangel Díaz, José. "La recesión de 1990-1991 y el comportamiento atípico de la economía de Estados Unidos en sus expresiones cíclicas recientes", en revista *Problemas del Desarrollo*, México. Vol. XXIV, núm. 92, enero-marzo, 1993, pp. 67-80.

nuevamente a poner en la palestra elementos de políticas keynesianas que habían sido abandonadas.

Adicionalmente, dentro de la teoría neoclásica se han logrado nuevos desarrollos en el campo de la teoría del crecimiento, basados en la consideración de externalidades y rendimientos crecientes sobre los que el mercado no tiene capacidad de incidir y que por lo tanto reclaman la presencia del Estado. De la forma anterior las propuestas del programa económico de Clinton rechazan el concepto de *trickle down economics*, de crecimiento que arrastra o beneficios que son transmitidos a los sectores no responsables de estimular la actividad económica. Esto no implica el rechazo al concepto de fuerzas del mercado y su libre acción, sino redimensiona la importancia de los actores del proceso y el papel impulsor del gobierno. Se rechaza el concepto de economía de actores fuertes: lo que es bueno para General Motors ya no necesariamente es bueno para Estados Unidos. Asimismo, cambia el concepto de una economía impulsada por las grandes corporaciones transnacionales como principio de crecimiento y creación de condiciones de competitividad. El nuevo programa busca una base más amplia y por lo tanto difusa de desarrollo, el cual resulta mucho más compartido nacionalmente. La visión de Clinton rechaza la visión tradicional de ventajas comparativas seccionantes, con base en dotaciones naturales, y busca desarrollar nacionalmente ventajas que le permitan nuevamente recuperar el liderazgo mundial. El interés fundamental y objetivo de las acciones de política económica se vuelcan hacia adentro y subordinan al proyecto nacional las políticas externas, como es el caso de la Iniciativa para las Américas, el Tratado de Libre Comercio (TLC) con Canadá y México y, en general, la mecánica de crecimiento del presidente Bush, cuya dinámica tenía que provenir del exterior, manejado como un problema de demanda, y como resultado lograr crecimiento del producto y de los salarios y, finalmente, elevar las condiciones de vida de la población. La óptica cambia para ocuparse del mejoramiento de las condiciones de oferta competitiva y el apoyo al mejoramiento de las condiciones básicas de funcionamiento del sector real.

De esta manera, parece llegar el fin de una época entre Estados Unidos y México que se caracterizó por un proyecto común entre dos naciones para alcanzar objetivos similares. Estas nuevas señales obligarán ahora, en igual forma, a reconsiderar también

las condiciones internas y los aspectos de producción y del mercado doméstico que tienen que recibir apoyos especiales del Estado y no pueden solamente resolverse producto de la globalización y el libre actuar de las fuerzas del mercado, por importantes que éstas sean.